



**MONA KASTEN**

# **SAVE ME**

**SÓLO UN BESO  
PUEDE SALVARME**

1

MONA KASTEN

# SAVE ME

Traducción de Andrés Fuentes

 Planeta

Título original: *Save Me*

© Bastei Lübbe AG, Köln, 2018

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent -  
[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© por la traducción, Andrés Fuentes, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-08-23692-4

Depósito legal: B. 20.939-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## *Ruby*

- Verde: ¡Importante!
- Turquesa: Escuela.
- Rosa: Comité de actos de Maxton Hall.
- Lila: Familia.
- Naranja: Deporte y alimentación.

Lila (Hacer las fotos del modelito de Ember), **verde** (Comprar nuevos marcadores) y **turquesa** (Preguntar a la señora Wakefield por el tema para el trabajo de Matemáticas): **por hoy ya está todo**. Para mí, la mejor sensación del mundo es, con diferencia, poner el signo del «visto» en uno de los puntos de mi lista de tareas pendientes. A veces, hasta escribo alguna que ya hace tiempo que he cumplido sólo para poder tacharla a continuación, aunque en un discreto gris claro para no sentirme del todo una tramposa.

Si alguien abre mi agenda reconocerá a primera vista que mi día a día está compuesto en su mayor parte por el verde, el turquesa y el rosa. Sin embargo, desde hace apenas una sema-

na, con el comienzo del nuevo curso, estoy utilizando un nuevo color:

- Oro: Oxford

La primera tarea que me he apuntado con el nuevo rotulador: Recoger la carta de recomendación del señor Sutton.

Deslizo el dedo sobre las letras de brillo metálico.

Sólo falta un año. Último en el Maxton Hall College. Me parece casi imposible que por fin vaya a ocurrir. Puede que dentro de trescientos sesenta y cinco días esté en un curso de política impartido por las personas más inteligentes del mundo.

Hasta me pica el cuerpo de los nervios cuando pienso en que ya no me falta mucho para saber si se va a cumplir mi mayor deseo. Si lo he conseguido realmente y si puedo estudiar... ¡en Oxford!

En mi familia todavía no hay nadie que haya estudiado en la universidad, y sé que no resulta lógico que mis padres no se limitaran simplemente a sonreír cansados cuando les anuncié por primera vez que quería estudiar Filosofía, Ciencias Políticas y Economía en Oxford. Entonces tenía siete años.

Pero ahora —diez años más tarde—, tampoco ha cambiado nada, salvo que estoy más cerca de alcanzar mi meta. Haber llegado tan lejos sigue pareciéndome un sueño. Me sorprendo a menudo con miedo a despertar de repente y comprobar que estoy yendo a mi antigua escuela y no a Maxton Hall, la escuela privada de mayor prestigio de Inglaterra.

Echo un vistazo al reloj que cuelga sobre la maciza

puerta de madera del aula. Faltan todavía tres minutos. Ayer por la tarde acabé los deberes que teníamos y ahora sólo he de esperar a que termine. Balanceo la pierna impaciente y al instante recibo un golpe en el costado.

—¡Ay! —digo entre dientes, y voy a devolver el golpe, pero Lin es más rápida y lo esquiva. Tiene unos reflejos increíbles. Yo supongo que es porque va a clases de esgrima desde primaria, y allí hay que pinchar con la velocidad de una cobra.

—¡Deja de moverte tanto! —me dice sin apartar la mirada de su hoja totalmente escrita—. Me pones de los nervios.

Esto me asombra: Lin nunca se pone nerviosa. Al menos, no tanto como para reconocerlo o mostrarlo. Aunque en ese momento sí que logro distinguir un asomo de inquietud en sus ojos.

—Lo siento. No puedo evitarlo.

Deslizo de nuevo los dedos sobre las letras. En los últimos dos años he trabajado a tope para ir al mismo ritmo que mis compañeros. Para mejorar. Para demostrar a todo el mundo que merezco estar en Maxton Hall. Y ahora que empieza el proceso de solicitudes para la universidad, me matan los nervios. No puedo hacer nada por mucho que lo intente. Aunque, por lo visto, a Lin le sucede lo mismo, y eso me tranquiliza un poco.

—¿Han llegado ya los carteles? —pregunta Lin.

Me mira de reojo y se le cae sobre la cara un mechón de su media melena morena. Se lo aparta con impaciencia de la frente.

—Todavía no. Esta tarde, seguro —contesto negando con la cabeza.

—De acuerdo. Mañana después de Biología los repartimos, ¿vale?

Señalo en mi cuaderno bajo la línea correspondiente al color rosa y Lin asiente complacida. Vuelvo a mirar el reloj. Tengo que hacer un esfuerzo por reprimirme y no mover la pierna. En su lugar, empiezo a recoger los rotuladores con la mayor discreción posible. Como todos tienen que apuntar en la misma dirección, necesito más tiempo para ordenarlos.

No guardo el rotulador dorado, sino que lo cuelgo ceremoniosamente en la delgada cinta elástica de mi agenda. Giro el capuchón de modo que apunte hacia delante. Es como queda mejor.

Cuando por fin suena el timbre, Lin salta de su silla más deprisa de lo que yo hubiera creído humanamente posible. La miro extrañada.

—No me mires así —dice mientras se cuelga la bolsa al hombro—. ¡Has empezado tú!

No contesto y sonrío mientras recojo el resto de mis cosas.

Lin y yo somos las primeras en dejar la clase. Cruzamos a paso ligero el ala oeste de Maxton Hall y giramos a la izquierda en el siguiente cruce.

Durante las primeras semanas, siempre me perdía en este edificio enorme, y más de una vez llegué tarde a clase. Me resultaba agobiante, incluso cuando los profesores no se cansaban de asegurar que a casi todos los recién llegados a Maxton Hall les sucedía lo mismo que a mí. La escuela parece un castillo: tiene cinco pisos, un ala sur, un ala oeste y un ala este, y tres edificios contiguos en los que se enseñan asignaturas como Música e Informática. Las bi-

furcaciones y caminos por los que uno puede extraviarse son incontables, y el hecho de que no todas las escaleras lleven automáticamente a todas las plantas puede resultar desesperante.

Pero, mientras que al principio me encontraba totalmente perdida, ahora conozco el edificio como la palma de mi mano. Incluso estoy bastante segura de ser capaz de llegar al despacho del señor Sutton con los ojos vendados.

—Yo también debería haberle pedido a Sutton que me escribiese la carta de recomendación —refunfuña Lin mientras recorremos el pasillo. A nuestra derecha, unas máscaras venecianas de un proyecto artístico del último curso adornan las altas paredes. Algunas veces me paro ante ellas para admirar la sofisticación de los detalles.

—¿Por qué? —pregunto al tiempo que apunto en la cabeza que tengo que decirle a nuestro conserje que guarde las máscaras en un lugar seguro antes del fin de semana, cuando celebremos justo aquí la fiesta de vuelta a la escuela.

—Porque le caemos bien desde que organizamos juntas la fiesta de fin de curso y sabe lo implicadas que estamos y que trabajamos duro. Además es joven, ambicioso y él mismo acaba de graduarse en Oxford. Dios, me daría de bofetadas por no haberseme ocurrido antes.

Le doy unas palmaditas en el brazo.

—La señora Marr también ha estudiado en Oxford. Además, imagino que es mejor que te recomiende alguien que ya tiene un poco más de experiencia profesional que el señor Sutton.

Me mira incrédula.

—¿Te arrepientes de haber acudido a él?



Me limito a encogerme de hombros. A finales del curso pasado, el señor Sutton se enteró por casualidad de lo mucho que yo deseaba matricularme en Oxford y me invitó a preguntarle todo lo que quisiera saber al respecto. Aunque él había estudiado otra carrera diferente de la que yo tengo intención de hacer, pudo darme una enorme cantidad de información interna que anoté cuidadosamente en mi agenda.

—No —respondo al final—. Estoy segura de que sabe lo que hay que decir en la carta.

Al acabar el pasillo, Lin tiene que girar a la izquierda. Quedamos en llamarnos por teléfono después y nos despedimos rápidamente. Echo un vistazo al reloj —la una y veinticinco—, acelero el ritmo. Tengo la cita con Sutton a la una y media, y no quiero retrasarme por nada del mundo. Paso junto a las altas ventanas renacentistas, a través de las cuales se proyecta la dorada luz de septiembre sobre el pasillo y me abro camino entre un grupo de alumnos que visten el mismo uniforme azul royal que yo.

Nadie se fija en mí. Así funcionan las cosas en Maxton Hall. Aunque todos llevamos el mismo uniforme —falda a cuadros azules y verdes las chicas; pantalones beige los chicos; y chaquetas cortadas a medida azul oscuro todos—, no se me pasa por alto que, en realidad, éste no es mi sitio. Mientras que mis compañeros de estudios llegan a la escuela con sus bolsas de diseño, la tela de mi mochila verde está tan gastada en algunos lugares que temo que se desgarré en cualquier momento. Procuero no dejarme intimidar por eso, tampoco por el hecho de que algunos se comportan como si la escuela fuese suya sólo porque provienen de familias adineradas. Para éstos, soy invisible y hago lo que

sea para que siga siendo así. «Sobre todo, no llamar la atención»: hasta ahora, esto me ha funcionado bien.

Con la mirada baja, paso corriendo junto al resto de los alumnos y giro una última vez a la derecha. La tercera puerta de la izquierda es la del señor Sutton. Entre su despacho y el anterior hay un pesado banco de madera, y mi mirada oscila entre éste y mi reloj. Todavía faltan dos minutos.

Pero no aguanto ni un segundo más. Me aliso la falda con determinación, me coloco bien la chaqueta y compruebo si la corbata está en su sitio. Luego me acerco a la puerta y llamo. No responde nadie.

Suspiro, me siento en el banco y observo en los dos sentidos del pasillo. Quizá ha ido a buscar algo para comer. O un té. O café. Lo que me hace pensar que habría sido mejor que yo no me hubiera tomado uno. Ya estaba bastante nerviosa, pero mi madre había hecho de más y no quería tirarlo. Ahora me tiemblan un poco las manos cuando vuelvo a consultar la hora.

La una y media en punto, según mi reloj. Vuelvo a mirar el pasillo. Nadie a la vista.

A lo mejor no he llamado a la puerta lo suficientemente fuerte. O me he equivocado, lo que hace que se me acelere el corazón. A lo mejor no habíamos quedado hoy, sino mañana. Inquieta, abro la cremallera de la mochila y saco el cuaderno de tareas. Pero no, todo es correcto. La fecha correcta, la hora correcta.

Moviendo la cabeza, vuelvo a cerrar la mochila. No suelo agobiarme tanto, pero la idea de que algo salga mal con mi solicitud y que por eso no me acepten en Oxford me vuelve loca. Me obligo a mí misma a serenarme. Vuelvo a levantarme decidida, voy a la puerta y llamo de nuevo.

Esta vez oigo un ruido. Suena como si se hubiera caído algo al suelo. Abro con prudencia y miro al interior de la habitación.

Se me para el corazón.

He oído bien. El señor Sutton está allí. Pero... pero no está solo.

En su escritorio hay sentada una mujer que lo besa apasionadamente. Él está entre sus piernas, con las manos alrededor de sus muslos. Un momento después, la coge con más determinación y tira de ella hacia el canto de la mesa. Ella gime con suavidad en su boca cuando sus labios se funden y hunde las manos en el cabello oscuro de él. No distingo dónde empieza uno y acaba el otro.

Me gustaría poder apartar la vista de los dos, pero no lo consigo. No, cuando las manos de él se deslizan por debajo de la falda. No, cuando lo oigo respirar con fuerza y a ella suspirar: «Por Dios, Graham».

Cuando por fin me recupero del impacto, ya no me acuerdo de cómo mover las piernas. Tropezco en el umbral y la hoja de la puerta se abre de golpe dando un porrazo en la pared. El señor Sutton y la mujer se separan de un salto. Él vuelve la cabeza y me ve en el marco de la puerta. Abro la boca para disculparme, pero todo lo que consigo emitir es un resuello seco.

—Ruby —dice sorprendido el señor Sutton. Tiene el cabello revuelto, los botones superiores de la camisa abiertos y el rostro enrojecido. Me parece alguien extraño, como si no fuera mi profesor.

Siento que un calor sofocante me sube por las mejillas.

—Lo... lo siento. Pensaba que teníamos una...

Entonces la joven se gira y el resto de la frase se me

queda bloqueado en la garganta. Abro la boca y un frío gélido se extiende por todo mi cuerpo. Me quedo mirando a la chica. Sus ojos color turquesa están, como mínimo, tan abiertos como los míos. Aparta la vista de golpe, la dirige a sus caros zapatos de tacón, la desliza por el suelo y mira luego desamparada al señor Sutton, a Graham, como decía antes entre suspiros.

La conozco. Conozco sobre todo la coleta de un rubio cobrizo y con una onda perfecta que en clase de Historia siempre se balancea delante de mí.

En la clase del señor Sutton.

La chica que se lo estaba montando con mi profesor es Lydia Beaufort.

La cabeza me da vueltas. Además, estoy segura de que de un momento a otro voy a vomitar.

Me los quedo mirando a los dos y me esfuerzo por borrar de mi mente los últimos minutos; pero es imposible. Lo sé, y el señor Sutton y Lydia también lo saben, lo distingo claramente en sus rostros descompuestos. Doy un paso atrás, el señor Sutton da uno hacia mí con el brazo extendido. Vuelvo a tropezar en el umbral y recupero el equilibrio.

—Ruby... —empieza a decir, pero el zumbido que siento en los oídos es más fuerte cada vez.

Giro sobre los talones y me marcho corriendo. Detrás de mí oigo que el señor Sutton vuelve a pronunciar mi nombre, en esta ocasión mucho más alto.

Pero yo sigo corriendo. Más y más y más.